

LA FLECHA Y EL VENADO (FRAGMENTO DE NOVELA)

David Martín del Campo



San Juan Peyotón, Nayarit

Mayo 14 de 1975. —Sin venado no hay pueblo *wisrárika*. Sin venado no tendrán el corazón de *Watemukame*, no podrá nacer el peyote, no habrá cosecha de maíz. No habrá lluvias, no habrá hijos, no habrá *Híkuri Neirra*. “Sin venado —reflexiona *Tamatz Kauyúmarí* al contemplar los siete horizontes que se tienden hacia *Wiricuta*—somos huicholes muertos buscando sepultura”.

El viejo empuña su *muwieri*, traza tres círculos en el aire y luego, lentamente, baja el bastoncillo hasta que sus plumas tocan la tierra. Que *Tatevarí*, el fuego de mediodía, caliente el vientre de *Nakawé* y le prenda un hijo.

Que *Tayó*, el sol del crepúsculo, ponga su semilla en *Tatí*, la milpa. O qué, ¿otra vez no lloverá este año?

El chamán apunta su *muwieri* hacia la salida del sol. Ha sido el primero en despertar, como siempre, en la rancharía huichol. Ha visto todos los amaneceres de su vida, casi todos porque algunas madrugadas la enfermedad lo abatió. Como cuando conoció el amor con aquella mujer abundante de carne y ternuras, “la Francia Hija”...

—Papaluki Jesucristo —comienza a regañar apenas descubrir el primer asomo del sol en oriente—, pídele a la Tanana, tu madre Guadalupe, que nos regale dos días de agua. Sólo dos —y luego de meditarlo, se corrige—: Aunque sea uno ¿Qué no ves que ya tenemos el hambre encima? ¿Qué no ves cómo nos avergüenza ir a la Guadaluajara para mendigar limosna con los *téwari*? ¿Qué no ves?

El bastón mágico de *Kauyúmarí* es menos eficaz que el del anterior *marakame* Julián Yurianaka. El *muwieri* de aquel chamán llevaba plumas de águila y con él lo enterraron cuando murió de tuberculosis, según dijeron los médicos del INI. Que si lo llevaban al hospital de Tepic podría vivir un poco más, tal vez un año. Y trajeron la ambulancia por las brechas de Huaynamota. Pero Yurianaka dijo no, aquí. Y lo enterraron con su bastón. El *muwieri* de *Tamatz*, en cambio, tiene plumas de guajolote, aunque ha probado en varias ocasiones sus poderes. Ahora, sin embargo, no ha logrado traer la lluvia. Y ya es mitad de mayo.

—¿Qué no ves, Papaluki Jesús? —termina de rezongar el *marakame* de San Juan. Una vez que el sol complete su circunferencia ya no podrá continuar el diálogo sagrado. Sólo será posible reanudarlo hasta el crepúsculo de la tarde, en ese intersticio cósmico “en que las palabras logran

* Escritor. Actualmente es director de publicaciones del INAH

llegar al oído del Santo Papaluki"; aunque también es cierto que para entonces estará cansado. Como todos.

Ya no es tan fácil hallar nidos de águila en las cañadas de Jesús María, como antes. Ya no es tan fácil, tampoco, hallar a *Watemukame* en la sierra. Y sin venado, lo sabemos todos, no hay pueblo *wisrárika*. No puede haber.

El caserío de San Juan está disperso. Una triple cañada separa los corralitos de uno y otro barrios. Por esa circunstancia, de hecho, no habita en la cartografía oficial. No existen, pues, los huicholes de San Juan. El poblado se encuentra inserto en la encrucijada de cuatro entidades, y eso explicaba el delegado del Instituto Nacional Indigenista cuando fue a sugerirles que optaran por una de las tres barrancas para concentrar la comunidad. Y para hacerlo más explícito comenzó a brincotear frente al Calihuey, como si salvase una cruz fronteriza: "Esto es Nayarit... esto Durango... esto Zacatecas... esto Jalisco".

Pero no movieron nada. "San Juan Peyotán llegó primero que gobiernos", argumentó Julián Yurianaka, y desde entonces inventaron esa nueva danza con la que concluyen, cada Miércoles de Ceniza, el Híkuri Neirra que invoca a la lluvia. Se llama "La danza de estados" y todos brincan, saltan hacia los puntos cardinales, borrachos de cerveza y peyote, gritando "¡ay Durango, ay Jalisco, ay Nayar, ay Zacatecas!", y otra y otra vez, hasta caer rendidos.

Tamatz Kauyú mari observa cómo se van definiendo los siete horizontes de la ruta al noreste. Cuando los huicholes de Huaynamota llegan a San Juan, el 12 de diciembre, se organizan "las marchas" que remontan, alternadamente, la Sierra Madre y la de Zacatecas. Una por una cubren el peregrinaje que va de Huejuquilla a Valparaíso, Lobatos, Fresnillo, Plateros, El Rucio, San Cristóbal y El Catorce. Rancherías, cañadas, llanuras que los depositan, finalmente, en el edén mágico del peyote.

Cada horizonte es más azul, el color emblemático del pueblo *wisrárika*, "porque cada cordillera nos acerca un poco a *Tatevari*". El chamán alza su bastón y va tocando, como si las tuviera a la mano, las siluetas de aquellas serranías por donde ha caminado siete veces siete. Ningún huichol puede

viajar una vez más a Wiricutá. Sería como escupirle a *Tatevari*, orinarse en Cerro Quemado, desclavar a Papaluki Jesucristo.

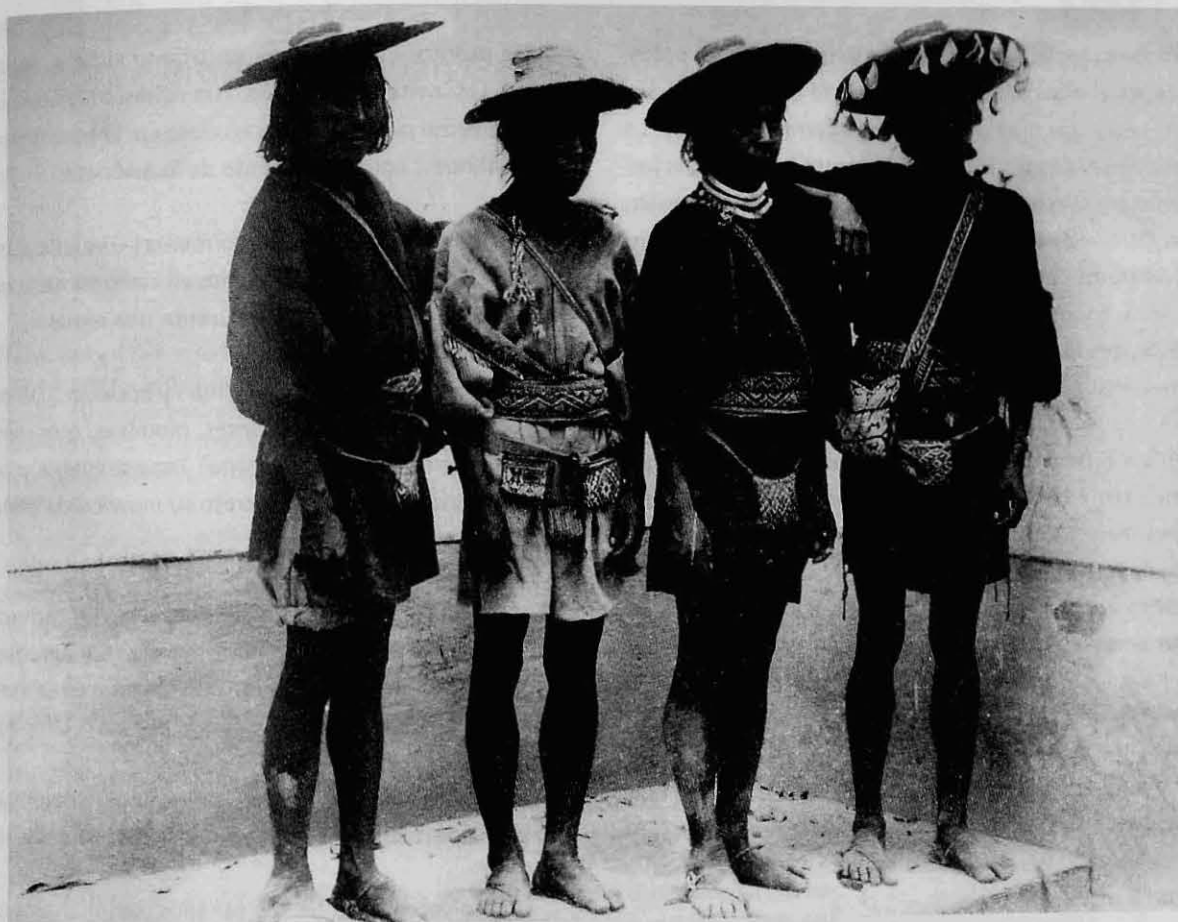
Dos noches atrás regresaron los cazadores. Tres muchachos con dos rifles que buscaron por el río Mexquitic, por la cordillera de Huejuquilla, por las ciénegas de Santa Teresa Ixcatán. Buscaron y no hallaron venado. Trajeron, eso sí, dos tejones y los cocinaron en barbacoa. "¿Pero qué ocurrirá, entonces, si no conseguimos el corazón de *Watemukame*?" —murmura Tamatz sin abandonar el golpeteo del bastoncillo contra sus rodillas— ¿Podremos sobrevivir los huicholes sin la bendición de su sangre? ¿Qué le obsequiaremos a *Tatevari* cuando resplandezca en lo alto? ¿Solamente peyote? ¿Solamente canastos de maíz?"

Los coras, que son ladinos, le ofrecen desde hace tiempo la sangre de sus chivas. Matan once y con su sangre se embadurnan todos antes de iniciar el mitote. "Pero no es lo mismo, aunque tengan sus cuernos. Jamás una cabra será venado santo. No, nunca", se dice el *marakame* al trazar con su bastón tres círculos por encima de su cabeza. Y es que ahí está, de nueva cuenta, ese rumor insolente.

El zumbido de la avioneta, aunque remoto, llega como en oleadas. A lo largo del día pasan varias y algunas buscan aterrizar en la sierra del norte, hacia Durango. Luego avientan paquetes que minutos después son recogidos por camionetas escondidas entre la maleza. "Es lo malo de los *téwari*. Ya ni en la sierra dejan vivir en paz al indio huichol. Pero ésta..."

El *marakame* apunta con su bastón al pequeño aeroplano. Despertados por el ruido algunos huicholes asoman en sus casas de adobe y carrizo. El viejo Kauyú mari lo decide en ese momento: esa misma tarde saldrá otra expedición. Que los cazadores vayan esta vez hacia la llanura, hacia los bosques húmedos de Rosa Morada, aunque allá abajo todas son propiedades ganaderas. Una vez, hace años, cazaron incluso un tigre jaguar...

Pero ahí está, en picada, el avioncito que busca aterrizar en el llano que se extiende más allá del Calihuey. "¿A qué vendrán?", se pregunta el *marakame* de San Juan, y no le queda más que trasladarse hacia aquella explanada.



CIESAS

En el camino se le han unido varios vecinos, niños sobre todo, que miran de nuevo esa pirueta inconclusa. La avioneta está tripulada por varias personas y en el siguiente pase, sobre el asombro de los huicholes, uno de los pasajeros asoma por la ventanilla; les hace un gesto extraño, tal vez ofensivo: se lleva los índices a la cabeza, como dos cuernos, y luego señala hacia el campo raso. Vuelve a pasar el avioncito y se repite la mueca. Algo gritan aquellos *téwari*, pero es imposible escucharlos. Uno de los compañeros de Tamatz, sin alzar la voz, les responde:

—Güey tu chingado madre...

Entonces el chamán de las tres cañadas voltea hacia la meseta donde no podrán cosechar nada. Sin lluvias. Da una orden en lengua wisrárica porque ha comprendido la urgencia:

“¡Las vacas! ¡Saquen las vacas del terreno que va a bajar el aeroplano!”.

Minutos después la avioneta, con matrícula del INI, concluye el riesgoso aterrizaje. Son tres pasajeros y el piloto, que ya descienden del aparato y se encaminan hacia la comitiva que preside el chamán Kauyúmarí.

Que vienen haciendo preguntas, que vienen haciendo retratos, que vienen para hacer otro día “un documental”: es lo que ha entendido Tamatz luego de conducir a los visitantes al patio del Calihuey. Uno de ellos, el más viejo, se llama Benítez y dice que “escribe” libros. Los otros son el fotógrafo Monasterio y el antropólogo Metaca; así lo ha presentado el viejo que gesticulaba en el aire.

Los huicholes de San Juan les ofrecen café soluble, panes de tuna, frijoles aguados, tortillas duras recién asadas. El preguntador le dice al *marakame* que es, que quiere ser, “que siempre ha sido su amigo de los indios”. Que luego vendrán otros, por carretera, con el equipo de filmación. Que serán dos semanas de rodaje. Que quieren filmar entera la celebración del *Hikuri Neirra*.

Tamatz sonrío. Se acomoda en su banco de tres patas. Le acepta el cigarrillo al periodista y le dice que no, que quién sabe, que muy difícilmente. "Carretera no hay. La brecha llega nomás a Huaynamota; para San Juan dos jornadas más y sólo trepando la cañada. El *Híkuri Neirra* quién sabe. Otra vez no salió *watemukame*, otra vez se escondió. *Watemukame* no regala su corazón y el pueblo wisrárica, todos aquí, morimos también. De tristeza, de hambre, que lo mismo son. Este año no tendremos, o quién sabe, el *Híkuri Neirra*".

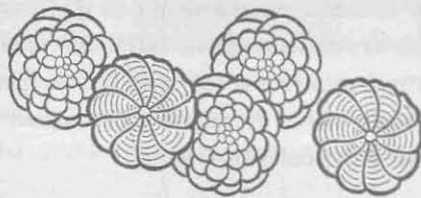
El viejo periodista, sin desaprovechar un momento, insiste señalando a uno y otro huichol con sus vestimentas peculiares: "Foto, foto Monasterio. Foto". Y el gráfico empuña su Nikon, obtura aquí un par de huaraches, allá un cinto adornado con chaquira, en aquella banca una mujer amamantando a su pequeño.

—¿*Watemukame*? —inquire don Fernando Benítez.

"Venado. Ya no sale, ya no hay. Lo arrebatan los rancheros, los *téwari*, los tepehuanos. Y *Watemukame* es sangre del pueblo wisrárica, sólo de ellos. Quitan venado y quitan huichol".

El antropólogo Metaca los llama, entonces, desde la puerta del Calihuey. Que vayan a ver. Los visitantes obedecen porque poco es lo que tienen que decir ante las palabras del *marakame*. Ahí dentro, en las paredes del recinto, hay colgadas muchísimas cornamentas. Son las astas de siete veces siete venados cola blanca y, punzado en ellas, un saco mustio. ¿De qué se trata?

Tamatz Kauyúmari lo explica con orgullo. Cada cornamenta es un año de sobrevivencia desde que fundaron San Juan Peyotán. Una ceremonia del *Híkuri Neirra*, un *Watemukame* cazado en territorio huichol. Y ese extraño bulto el corazón de cada presa. "Su sangre que nos permitió bendecir el maíz, el peyote, el vientre de nuestras mujeres".



De pronto, intempestivo, un trueno aislado. Tamatz sonrío. Les invita otro nescafé, ¿un refresco?, y Monasterio aprovecha para retratarlo en *close up*. Entonces ingresa al Calihuey, agitado, el piloto de la avioneta:

—¡Don Fernando, viene la tormenta! —resuella al concluir la carrera—: Si no despegamos en cinco minutos quedaremos varados en el fango durante una semana...

No hay mucho qué decir. Asoman y es cierto. ¿De dónde surgieron esas nubes rasantes, plumizas, que vienen como trotando sobre la montaña? Tamatz vuelve a sonreír en silencio, acaricia en secreto su *muwieri* de plumas de guajolote.

Los visitantes se despiden con prisa, ciñen sus cachuchas a punto de ser arrebatadas por el ventarrón, agradecen el obsequioso desayuno. No son aún las once de la mañana y ya se huele esa lluvia empujada por los relámpagos.

Tras abordar la avioneta del INI, Fernando Benítez asoma por la portezuela y promete:

—Resolveremos lo de sus venados, señor chamán. A ver cómo y a ver de dónde... —pero el motor arranca y su rugido impide completar la frase. El piloto acelera, gira en redondo porque la brizna ya toca el descampado.

Un minuto después el aeroplano despegue a punto de ser alcanzado por el súbito aguacero. El *marakame* de San Juan no cree demasiado en las palabras de los *téwari*. ¿No les prometieron una escuela rural? ¿No les prometieron dispensas de leche en polvo? ¿No les prometieron un camino pavimentado? ¿Cómo se llamaba aquel "señor candidato" secándose todo el tiempo el sudor con un pañuelo rojo? Palabras que se van como un pestaño, igual que ese avioncito perdiéndose en las alturas.

Tamatz Kauyúmari voltea a mirar las nubes prietas apoderándose de la cordillera. Sonríe al sufrir aquel agua empapándole la camisa de manta, el sombrero redondo, los huaraches rotos. No cabe duda: *Tatevari* lo ha escuchado... con exaltación, porque ahora graniza. ✱